

de prisa, con el ardimiento de una gran ciudad, sin fijarse en el forastero.

Su madre la cogió del brazo.

Paulina suspiró; contaba ya menos con la fortuna después del primer desengaño.

—Vamos á casa de Mad. Hellin, dijo su madre.

Llegaron á la calle de San Dionisio; Albertina habia salido.

Este dia se pasó tristemente.

A la mañana siguiente, á las dos, Albertina se hallaba visible; no pudo disimular su sorpresa viéndolas en París, y recibiendo en confianza los proyectos que les habian tra-

Quiso al dia siguiente dar un mentís á esta insolente proposicion, y armándose de valor, se fué á buscar á un editor famoso. Después de haber aguardado largo tiempo en el ante-despacho, muy adornado de bronce, mesas y curiosidades de China, logró, en fin, penetrar en el despacho del soberano editor de la república de las letras. Le presentó tímidamente sus manuscritos.

—¿Qué es esto?...

—Las oraciones, *Leyenda de las dos virgenes*, *A las orillas del Brela*, *Sueño de un niño*...

—Muy bien, poesías... Señorita, no compramos esto...,

—Caballero...



Paulina casada.—Felicidad doméstica.

do á París. Pero como el interés que les manifestase no fuese bastante vivo para vituperar su proyecto ó darles un consejo, se limitó á convidarlas á una pequeña tertulia, en la que Paulina encontraría algunas personas cuyo apoyo podría serle útil. La jóven se compuso lo mejor posible, preparó sus versos, y en efecto, durante una hora fué la diversion de una veintena de personas fastidiadas. Fueron aplaudidos sus versos; pero tuvo el sentimiento de oír alrededor suyo.

—¡Pero hay tantos versos! Todo el mundo los hace; los libreros no los pagan.

SEGUNDA SERIE.—1856.

—¿Qué quiere vd! Esto no se vende: estamos en un siglo de plata.

Lo siento mucho.

Paulina no insistió, salió, y dijo á la señora de Merlin:

—Tendremos fortuna en otro lado, mamá. Yo iré á esas mugeres que han adquirido celebridad... No desdeñarán tenderme su mano.

En efecto, Paulina en el mismo dia comenzó su expedicion de visitas. Fuerte con su voluntad, con su candor, se dirigió á algunas de esas mugeres cuyos nombres célebres forman la corona poética de la Francia, les manifestó

AÑO XIV. 20.



con franca simpatía su admiración, y no las ocultó que alimentaba esperanzas de que la protegiesen. Pero nuevos desengaños: aquellas liras no daban mas que tristes sonidos: los sufrimientos, los pesares, las desgracias domésticas parecían también albergarse en el dulce hogar de las musas. Paulina oyó por todas partes las mismas quejas: la poesía ha muerto: los dioses se van. Le citaban con tono lastimero el nombre de Mad. Dupuy, que había muerto en la miseria después de haber pasado toda su vida luchando con ella. Aquellas sibilas no tenían para Paulina mas que palabras de desaliento.

—Si, hija mia, la dijo una, ¿qué habeis venido á hacer á París? Aquí gastareis vuestra fortuna.

—Aquí dejareis vuestra belleza, la decia otra.

—Aquí perdereis la paz del alma, sin conseguir otra cosa.

Paulina volvió casi desanimada. Al entrar en la fonda con su madre, ésta la dijo:

—Hace quince días que estamos en París; adivina cuánto hemos gastado.

—No sé.

—Ciento cincuenta francos sin los gastos de viaje, á pesar de lo mal que hemos vivido.

—¿Y qué?

—Que esto es escusivo; tomaremos un cuartito mas reducido y yo haré de cocinera.

Así se hizo. Alquilaron un cuartito miserable, compraron algunos muebles, y los mil francos de aborro sufrieron una gran brecha; bien que Paulina esperaba antes de poco restituir con creces esta suma á su caja, publicando sus poesías por suscripción.

Se dirigió á la señora de Hellin que la escuchó con bastante indiferencia; pero que apenas pronunció la palabra fatal de *suscripción*, cuando abrió grandes ojos y exclamó:

—Querida, imposible! Estamos inundados de suscripciones de poesías y de ingeniosas invenciones de todo género, que se reducen á que demos dinero á favor de un merito desconocido ó de una miseria ignorada. Mirad, mirad, aquí teneis una almohadilla: *suscripción para inválidos; loteria en favor de la caridad maternal; suscripción para una pobre artista; asociacion para la inclusa, para los huérfanos.....* Ya veis, estamos agobiados de limosnas, de pobres y mas pobres.... Y todos nuestros amigos están en el mismo caso: ¿y dónde encontrareis suscritores? Apenas yo misma que os conozco y os quiero mucho, podria ponerme en la lista. ¿Qué harán los demás?

No quedaba á Paulina mas que un solo camino; hacer imprimir sus obras: empresa peligrosa en la que con escasa esperanza esponia su crédito, su reposo y su fortuna. Pero estaba echada la suerte; su ciego orgullo la impulsó á aventurarlo todo, persiguiendo su contraria suerte. Un librero pidió seiscientos francos por la impresion de un tomo, comprometiéndose, gracias á sus relaciones con los periodistas, á que no faltase la obra ni el recurso de la recomendación. Con estos seiscientos francos se acababan las economías. Podían obtenerse fácilmente, pidiéndoselos adelantado á los que tenían sus tierras arrendadas. Vaciló algun tiempo en hacer esto la señora de Merlin; mas la fé que tenía en el especial talento de su hija la decidió á escribir á sus arrendadores de Gamaches.

V.

## LA VISITA.

Aguardaron mucho tiempo la respuesta. Paulina trataba de distraerse mientras tanto, trabajando; miraba con la mayor severidad sus primeros ensayos, y con la mas perfecta imparcialidad corregia sus poesías mejorando su estilo. Una mañana oyó llamar á la puerta de la casa. Grande fué su sorpresa, porque el que se la presentaba era nada menos que el primo Amelot, el arrendador de Gamaches. Estaba vestido como los domingos y llevaba un cesto cuidadosamente cubierto.

—Buenos dias, Paulina, la dijo abrazándola.

No fué menor la sorpresa de la señora Merlin que la de su hija. El anciano Labrador se sentó tranquilamente y dijo:

—Somos primos y no he querido dejar á París sin veros.

—¿Pero cómo es que estais en París?

—El Brela ha salido de madre, respondió el primo; los propietarios no han querido concederme indemnización y me he quejado al Consejo de Estado: mas vale hablar con Dios que con los santos. Obtener justicia trae dilaciones; pero quien tiene tierra tiene guerra.

—¿Y tu muger, y José y los amigos? exclamó la señora Merlin.

—Todos tan guapos. Gerardo, vuestro arrendador, me ha entregado esta carta para tí y este saco de escudos; estendedme el recibo. Cuenta y razon sustentan amistad. Mi muger os envia esta cesta de manzanas; son las últimas que han quedado; y dice que penseis en ella: no se la puede decir á mi muger lo de *á muertos y á idos, no hay amigos*. José es un inocentón que trabaja perfectamente; no falta un momento de la granja: el ojo del amo engorda el caballo.... y con esto, adios, que tengo prisa. Espero que nos volvamos á ver en la aldea. Adios, prima; adios, Paulina; cuando volvais sereis bien recibidas: para las ocasiones se necesitan los amigos; adios.

El sentencioso Labrador las dejó. Paulina se quedó entristecida conociendo que la ambición la alejaba de sus amigos, y porque comenzaba á comprender la verdad de la espresion de Dickens, de cuán difícil es encontrar entre la multitud un rostro amigo.

—Aquí tenemos los seiscientos francos, ¿qué aguardamos para publicar tu obra?

Animada por un sentimiento de vanidad, Paulina desechó sus recuerdos de la víspera y los obstáculos que presentaba su empresa literaria. Se publicó al fin el tomo; algunos diarios lo anunciaron en su cuarta página, entre la Pasta de Régnault y Jarabe de cidra; pero ni una cita en los folletines. Algunos amigos de Albertina, estimulados por ella, compraron alguna media docena de ejemplares; el resto se arrinconó en los estantes, destinándolos á la venta por las calles, ese grande osario de la literatura contemporánea. El nombre de Paulina Merlin quedó ignorado, y la fama no hizo resonar sus trompetas sonoras. Nadie, pues, se ocupó de ella, y el mundo desconoció los sacrificios que costaba aquella desgraciada tentativa. Durante dos ó tres meses vivió de esperanzas, aguardando todos los días los inexorables folletines que permanecían mudos, deseando, cual se desearia la vida, una palabra de



elogio, y aun una palabra de vituperio. El elogio, la crítica es la vida; el silencio es la muerte.... Poco á poco desaparecieron sus ilusiones, y vió desvanecerse las frágiles visiones sobre las que había fundado su reputación, su fortuna y su porvenir. Era á fines del estío; el dinero, á pesar de las mas estrictas economías, se agotó y la miseria crecía mas y mas, alrededor de aquellas pobres mugeres. Albertina se había marchado para ir á reunirse con sus parientes en Niza, y Paulina y su madre no contaban con mas relaciones. ¿Qué hacer? ¿Volver á Gamaches sin dinero, en la mayor miseria, esponerse á las amargas burlas y á la crítica de los que en otro tiempo envidiaban su felicidad?..... ¿Será esto posible? ¿No valia mas aguardar en París algún suceso favorable?

Paulina trató de escribir algunas novelas; pero á pesar de lo que afirman los maestros de la literatura, que para escribir bien en prosa, es preciso antes haberse ejercitado en el verso, Paulina no salió bien en su tentativa. En vano dió mil pasos humillantes para hacer admitir sus novelas en los periódicos, en vano tocó todas las puertas y conoció por propia experiencia cuán pesada es la escalera del protector. Todós los días volvía á casa acompañada de su madre triste y desanimada, con los papeles debajo del brazo, donde las aguardaban muchas privaciones y el aislamiento. Entonces madre é hija pensaron en volver á Gamaches. Pero bien pronto las inquietudes, los disgustos y las privaciones que lleva consigo una miseria siempre existente, hicieron que la señora Merlin cayese gravemente enferma.

## VI.

## LA HERMANA DE LA CARIDAD.

La enfermedad había llegado al día quince. Paulina sentada á la cabecera del lecho de su madre, observaba en la frente de la enferma un sueño pesado, y llena de inquietud sentía su corazón palpar ya pausada ya apresuradamente y los penosos sonidos de su respiración anhelante. Al hallarse en este estado, contaban no ya con escaseces, sino con la mas completa miseria y la mas absoluta desnudez. Faltaban los muebles mas necesarios, transformados por una triste alquimia en píldoras y tisanas. El reloj de Paulina estaba reservado para pagar las visitas del médico, y con el oro y las alhajas había comprado pan, y habiéndosela agotado los recursos, se preguntaba como podría proporcionar en aquel día á su madre los socorros que necesitaba. El trabajo del bordado, que á fuerza de instancias había obtenido de una tienda, á pesar de trabajar sin descanso durante la noche, aquel miserable trabajo estaba sin concluir, y sin embargo, era preciso vivir. Paulina miraba en torno suyo, y solo veía algunos pobres muebles, algunos miserables utensilios, algunos vestidos, de cuya propiedad hasta la decencia la impedía despojarse. En este estado, despues de convencida de su falta absoluta de recursos, la jóven, no pudiendo contenerse, lloró amargamente repitiendo:

—Yo sola soy la causa de tu desdicha, ¡oh pobre madre, pobre madre! debias maldecirme.

Un golpe discretamente dado á la puerta, interrumpió esta exclamación de dolor: enjugó sus ojos Paulina, trató

de restablecer la calma en su semblante, fué á abrir y retrocedió asombrada á la vista de una hermana de la caridad que la saludó cortesmente, y la dijo:

—Perdone vd., señorita, mi inesperada visita; he sabido que hay una persona enferma, y he venido á ofrecer los socorros de mi ministerio.

—En efecto, señora, mi madre está muy mala; pero yo no había reclamado...

La hermana de la caridad á estas palabras miró á Paulina, y la jóven sintió desaparecer todo su orgullo bajo aquella mirada benévola y dulce, en que la compasión mas profunda se traslucía á través de la espresión lisonjera de la simpatía y de la bondad.

—¿Quiere vd. que entre, hermana mia? dijo al fin.

La hermana de San Vicente de Paul llevaba diez años de religiosa, y por consecuencia diez años de experiencia en materia de miserias humanas. Al aspecto de aquel cuartito sin muebles, del hogar casi apagado, y aquel bordado sin concluir, lo adivinó todo: aproximóse á la cama de la enferma, que dormía siempre en pesado sueño, y despues de haber examinado su rostro, se volvió hácia Paulina, y la dijo llena de emoción:

—Su madre de vd. está muy mala, señorita, pero es necesario tener mucho cuidado.... Si vd. quisiera aceptarme por enfermera, se lo agradecería.

—¿Qué, hermana, querría vd.!

—Sin duda; esta es nuestra obligación y nuestra felicidad á la vez. Tengo el permiso de mi superiora, y si vd. me da el suyo me quedará aquí. Supliré lo que el estado delicado de vd. no la permite hacer. ¿Quiere vd.?

—¿Hermana mia, tanta bondad!

—Es cosa hecha; pero veamos lo que se da á la enferma. ¿Dónde está la receta del médico?

La hermana inspeccionó con inteligente mirada las tazas y las jícara, pero todo lo encontró vacío, en todo vió la prueba de una gran miseria. Sin desconcertarse, estrechó la mano de Paulina, y la dijo:

—No pase vd. cuidado, yo voy á comprar todo lo que nos hace falta. No se inquiete vd. por mi bolsillo; cuando yo le vacío, Dios le llena; lo que por un lado doy, por otro lo recibo; es un va y viene continuo.... ¿Que bueno es Dios!

Al decir estas palabras salió, y volvió cargada de provisiones al cabo de media hora, trayendo cordiales y remedios, todo lo que podía ser útil á Paulina ó á su madre. Esta acababa de despertarse presa de la ardiente fiebre que no la dejaba el uso de la razón. ¿Cuánto bendijo entonces Paulina á la Providencia maternal que la había llevado un socorro tan oportuno en aquellos instantes, un apoyo tan caritativo y tan ardiente! En aquellos momentos la hermana de la caridad, oyó lo que había adivinado de boca de Mad. Merlin, la miseria en que se hallaba sumida aquella familia. Aquellas palabras espresaban la prosperidad pasada, los amargos y dolorosos pesares del presente; al oírlas, Paulina ocultaba la frente en sus manos; pero entonces su madre dijo con una voz triste como el que repite una cosa que ha oído:

—Volver al campo, bien lo quisiera; pero es preciso que el libro de mi hija se imprima... nos producirá lo bastante para salir de nuestra miseria, y volvernos á nuestra aldea.



Entonces la pobre niña no pudiendo contenerse, exclamó llorando y besando la mano de su madre:

—¡Oh, mamá! mandad, iremos, nos marcharemos....

—Poco á poco, dijo la hermana Eugenia, tengamos calma y dejemos tranquila á la enferma. Mirad sus ojos de cerca, la respiracion es mas suave, mas igual, va tal vez á dormir, aprovechemos este momento para ponerla los sinapismos, y esperemos su alivio.

Llegada la noche, la señora de Merlin dormía con un sueño reparador, y la hermana Eugenia, cogiendo las manos de Paulina entre las suyas, escuchaba la relacion que la hacia la jóven de sus esperanzas; de sus ilusiones, de los proyectos engendrados por el orgullo, y de los largos reveses y punzantes remordimientos que los habian seguido. Impulsada por esa necesidad de expansion que ha hecho de la confesion una necesidad moral, antes de hacer de ella un sagrado deber, Paulina no calló nada, y sin tratar de defenderse manifestó su alma con toda la ingenuidad de sus defectos, y la franqueza de sus buenas cualidades. La hermana Eugenia, despues de un largo silencio, la dijo al fin:

—Hija mia, vd. comprende ahora sus errores, y ve con temor en el fondo de su alma un egoismo tan cruel y tan ciego, que ha estado á punto de hacer perder la vida á su madre, y costarle á vd. el reposo de su conciencia. No insistireis mas....

Paulina lloraba y sus lágrimas parecian salir de un corazón quebrantado con el arrepentimiento, cual los perfumes de Magdalena se exhalaban del vaso de alabastro, roto á los pies del Salvador. La hermana Eugenia levantó dulcemente aquella frente inclinada, y dijo:

—Mi querida Paulina, yo tambien he amado la poesia, y he encontrado grande placer en la lectura de bellos versos.... Algunas estrofas se me han quedado en la memoria.... son debidas á una pluma tan elocuente como pura. Esta composicion se titulaba el *Angel de la Guarda*.... ¿Os acordais?

Angel mio de mi guarda  
En ti mi esperanza fundo.

—Haga vd. esto y vivirá.

—¡Angel mio de la Guarda! exclamó Paulina arrojándose en los brazos de la religiosa, será vd. obedecida.

## VII.

### AÑOS DESPUES.

A sor Eugenia, hermana de la caridad, en su convento calle de.... París....

«Gamaches, 28 de agosto de 18....»

«Querida y buena hermana: sé con indecible alegría que ha vuelto vd. al fin de.... y que á pesar de esta larga ausencia y de sus largos trabajos se acuerda vd. de mí todavía. ¡Ah! lo concibo, ¡me ha hecho vd. tanto bien!

«Quiere vd. saber detalles sobre mi posicion: reclama vd. esta confianza que tan justamente le es debida; estas buenas palabras de su carta me animan para pintarle mi situacion interior.

«Sabe vd. que estoy casada con José Amelot; nuestra union se celebró un año despues de mi vuelta al pueblo, en el momento en que vd. iba á marchar á Turquía: fué mi boda sencilla pero alegre en el pueblo inmediato. Soy muy

feliz porque el cielo me ha concedido un marido tan bueno como prudente y trabajador: hemos tenido la bendicion del matrimonio, y soy madre de cinco hijos. Mi hacienda crece y prospera, y mi marido halla que no soy un miembro inútil en tan laboriosa colonia. Hay sus encantos en el estado, me dice vd.: sí, querida hermana, yo los experimento, porque me intereso en extremo en todas las labores del campo, y tengo mi orgullo en ser una buena labradora y buena ama de casa. ¿Y los versos? me dirá vd.; ¡bah! pongo mi vanidad de antes y tengo mas placer ahora en oír elogiar los productos de mi corral y de mi casita de vacas, que hubiera tenido en otro tiempo en recibir la corona de los juegos florales, y aun el premio primero de la Academia! ¡Qué bueno ha sido Dios para conmigo! ¡Cuando repaso en mi imaginacion mis necesidades en otro tiempo, mis inútiles ensueños, mis ilusiones de gloria, mi estancia infeliz, cuando me considero tan orgullosa y tan egoísta como era, no puedo menos de confundirme humildemente al ver lo feliz que soy y cuan poco lo he merecido! Ya vd. ve que tengo todos los elementos de felicidad: mi buena madre no se ha separado de mí: habita con nosotros, con su vieja amiga su prima Amelot, como decíamos antes: tiene á su cargo cuidar la ropa, las provisiones y el frutero: la salud, gracias á Dios, es excelente, es tambien muy feliz. Mi suegra, tan buena y tan prudente, está enferma, casi paralítica, no se menea de un sillón, y la veo desde aquí sentada cerca de una ventana á que da sombra una parra. La *Imitacion de Nuestro Señor Jesucristo* está á su lado y sus anteojos colocados en el libro la sirven de registro. Hila á la rueca, y la mayor de mis hijas, Clementina, sentada al lado de su abuela, está haciendo *dechado* en cañamazo grueso. Cantan las dos acordes.... algunos de mis romances, dirá vd.? No, hermana mia, cantan una cancion á la Virgen. Parecen muy contentas y alzan la cabeza.... oigo ruido en el patio... ¿sabe vd. lo que es? Es la última carreta de mies que acarrean á la casa y que entra coronada de flores y rodeada de los alegres mozos de labranza: mi marido guia las mulas y lleva á su lado al mayor de nuestros hijos, Eugenio, á quien he puesto el nombre de vd. para que Dios le dé suerte, mientras que mis dos niñas gemelas Juana y María vienen metidas en las gavillas de manera que apenas se distinguen sus rubios cabellos mezclados con el oro de las espigas.... Oh! hermana mia, esta carreta es mas hermosa á mis ojos que el carro triunfal de Corina! Para terminar el retrato de la familia, José, el mas pequeño, duerme á mi lado en su cuna, y el mas dulce sueño ha cerrado los mas hermosos ojos negros.... Una sola persona falta á este cuadro: es el padre de mi marido, el anciano Amelot, aquel digno hombre que fué nuestro consuelo y el recurso á nuestra vuelta al pueblo. No existe; pero jamás olvidaré tanta bondad oculta bajo aquel áspero exterior.

«¡Cuánto desearia mi marido conocer á vd., para darle gracias por haberle vuelto su muger! Venera á vd. sin conocerla, y se une á mi madre y á mí para solicitar sus oraciones y ofrecerla todo su cariño y respeto.

«Pida vd. á Dios por mis hijos, mi querida y buena hermana, y pida vd. tambien por mí, que soy su hija sumisa, la oveja descarriada que vd. ha hecho volver al redil... y siempre su mas afectisima y segura servidora:

PAULINA MERLIN DE AMELOT.»



## CIENCIAS Y ARTES.

SAMUEL HAHNEMANN,

### FUNDADOR DE LA HOMEOPATIA.

Habia en otro tiempo.....

Esta historia comienza como un cuento de brujas, y en efecto, verán nuestros lectores que por verdadera que sea tiene la inverosimilitud de un cuento de magia.

Habia en otro tiempo en Leipsick un médico original. Joven todavía, y ya célebre, tocando á la gloria y á la fortuna, no podía consolarse de la insuficiencia práctica de su arte. Quería pasar en el método de curar desde la conjetura á la certidumbre. Padecía todos los dolores de sus numerosos enfermos, y llevaba luto por los que morían en sus manos.

Un día volvió á su casa taciturno y desanimado. Acababa de acompañar el entierro de un joven cuyo misterioso fin acababa de desconcertar toda su ciencia. Encontró su casa llena de clientes que aguardaban su vuelta. Nunca todavía su fama había atraído tanta gente á sus consultas... Cualquiera otro en su lugar se hubiera alegrado de aquel homenaje público tributado á su talento, y de aquella promesa de bienestar para sí y para su familia. El doctor era á la sazón padre de seis ó siete hijos: pero la vista de aquella multitud le hizo todavía mas amargo el sentimiento de su impotencia.

—Caballeros, dijo á sus enfermos, no puedo recibir á ustedes hoy.

Todos se asombraron, y algunos se dieron por ofendidos.

—Volveremos mañana, dijeron los mas confiados.

—Será inútil; no recibiré á vds.

—Entonces, ¿cuándo podremos volver?

—No lo sé..... Cuando la terapéutica, que no es mas que una mentira, sea una verdad: cuando tenga fé en sus procedimientos ilusorios hasta hoy: cuando haya encontrado, en fin, el arte de curar á vds.

Y el doctor se metió en su gabinete cuya puerta permaneció implacablemente cerrada.

A la mañana siguiente toda la ciudad supo que renunciaba al ejercicio de su profesion. Por mas que le suplicaron, por mas razones que le dieron, por mas que le maldicían y trataban de maniático, nada pudo sofocar el grito de su conciencia, ni contrastar su firme resolución.

El hombre extraordinario que así se condenaba al olvido y á la miseria era Samuel-Cristiano-Federico-Hahnemann.

Nacido el 19 de abril de 1775 en Meissen, en Sajonia, era hijo de un pintor de porcelana empleado en la fábrica de aquella ciudad. Samuel Hahnemann habia vivido desde la infancia en la pobreza, en el trabajo, y en la virtud. Hubiera sido un simple trabajador como su padre si lo profundo de su talento y la elevación de su carácter no

hubiesen fijado el interés del doctor Muller, director de la escuela provincial: aquel digno hombre se encargó de la educación del niño. Le franqueó su biblioteca, le dejó la elección de sus estudios, é hizo de él el pasante de sus compañeros.

Así creció Samuel en plena libertad, y se habituó á volar con sus propias alas.

A los veinte años eligió la carrera de la medicina, y marchó á Leipsick, con veinte ducados en su bolsillo. Estas eran todas las economías de su laboriosa familia.

Ganaba con qué vivir y seguir sus estudios traduciendo obras inglesas y francesas al alemán y consagrando á este duro trabajo de cada dos noches una, triunfando del sueño por el uso de la pipa, que debía proscribir un día sin poder des acostumbrarse de ella.

En 1777 se fué á Viena: despues á Leopoldstadt, donde fué bibliotecario y médico particular: despues por último á Erlangen, donde sostuvo su conclusion pública en 19 de agosto de 1779.

Pronto su talento y sus obras le atrajeron una numerosa clientela, y honores oficiales. Médico en jefe de los hospitales de Dresde, académico de Maguncia y Leipsick, rodeado de amigos ilustres y poderosos, iba á ser uno de los primeros y mas ricos doctores de Alemania cuando llegado á la cúspide de la ciencia notó en ella una inmensa laguna. Reconoció que el arte de curar con sus antiguas prácticas era casi una quimera, ó que se limitaba siempre á paralizar á tientas los padecimientos humanos, y á sustituir un mal á otro en lugar de estirpar cada cual en su raíz.

Entonces renunció, como acabamos de ver, á hacer su fortuna á espensas de sus semejantes, y volvió con heroísmo á tomar su pobreza y su medio de ganar la vida como traductor, resuelto á no firmar mas una receta mientras no estuviese seguro del medio de curacion.

Esto era emprender, renovar, y por decirlo así, crear toda la terapéutica.

Calculense los tiros que la determinacion de Hahnemann recibiría de sus amigos, de sus colegas, de sus clientes y del público: los ataques mas terribles fueron los de su muger, Enriqueta Kuchle, hija de un boticario de Gommern.

Indigna de comprender los nobles escrúpulos y el admirable sacrificio de su marido, aquella muger de alma y corazón mezquino no vió mas que la fortuna que su marido rechazaba, y la indigencia en que la ponía con sus hijos. En lugar de aliviar la carga comun con sus cuidados, su valor y su ternura, agravó el peso de ella de día en día con la acritud de sus reconvenções, y la obstinación de sus disputas: de modo que el doctor refractario tuvo que sufrir á la vez la persecucion científica fuera, y la guerra doméstica dentro.

Una y otra las sostuvo con la fé de un apóstol, con la paciencia de un mártir.

Arrojado de ciudad en ciudad por el odio de las es-



cuelas, ganando el pan de su familia con el sudor de su frente, amenazado de ver morir de hambre todos los días á sus hijos, paseando de pueblo en pueblo el ruidoso infierno de su casa, sin mas consuelo que su trabajo obstinado, y estudios inútiles, porque el objeto que queria alcanzar parecia huir delante de él, Hahnemann arrastró su cruz hasta la hora suprema en que cesan las fuerzas del hombre, y en que es preciso que sucumba el cuerpo, ó que triunfe el alma definitivamente.

En esta hora fatal lo encontramos en Leipsick, tan agobiado de miseria, y de dolor, como se habia visto antes colmado de honores y de triunfos. Hállase sentado en una pobre estancia sin fuego, en un invierno cruel. Las vigili-  
as y los cuidados han arrugado su ancha frente; han crispado sus delicadas facciones, y encorvado su alta estatura. Su muger acaba de separarse de él, maldiciéndole cual al verdugo de su familia: todavía gruñia su voz en la inmediata habitacion y se mezclaba á los gritos de tres niños en cama por la enfermedad. El hijo y la hija mayor del doctor han quedado con él para consolarle: empero su misma ternura es la hez mas amarga de su cáliz: los pobres angelitos tienen frio, y no puede darles calor sino abrazándolos: tienen necesidad de alimentos y bebidas fortificantes, y no tiene mas que darles que el agua y el pan de la indigencia. Un mal obstinado los consume como á sus hermanos y sus hermanas arrastrándolos hacia el sepulcro, y no puede arrancar de los unos ni de los otros aquel desconocido enemigo. El corazon del padre invoca la ciencia del médico, y el médico ve estrellarse todos los recursos del arte.

Hahnemann cae entonces de rodillas, y esclama levantando las manos al cielo:

—¿Es posible, Dios mio, que rehuséis á vuestras criaturas *socorros ciertos* contra las mil enfermedades que les asedian? ¡No! ¡vos sois la sabiduría y la bondad misma! ¡Vos habeis permitido al genio del hombre vencer la naturaleza, contar los astros, atravesar los mares, dirigir el rayo! ¡Vos concedereis al amor del padre el medio de salvar á sus hijos!

El doctor se levanta, cual si una voz le hubiese respondido: estrecha á sus hijos sobre su corazon con ternura.

—Si; yo encontraré el arte de curarlos. ¡Dios lo quiere, Dios lo quiere! Siento en mí una nueva fuerza.

Y el trabajador vuelve á su tarea con la fé que allana las montañas.

Traducia en aquel dia la *Materia Médica* de Cullen, y habia llegado al capitulo de la quina....

¡Oh Providencia, que el hombre llama casualidad! ¡oh brújula de Cristóbal Colon! ¡oh humo del puchero de Watt! ¡oh manzana de Newton que revela los mundos! Hahnemann se halla admirado de las vanas y contradictorias hipótesis de la tradicion sobre la accion terminante y tan infalible de la quina.... y nota la observacion hecha de paso por Cullen sobre la fiebre quínica.

—Yo comprobaré la naturaleza de esta accion y yo la *comprobaré sobre mi mismo!* se dijo con una inspiracion de lo alto; si, la verdadera medicacion, la que debe obrar con certidumbre, no ha podido escaparse á los médicos despues de tantos siglos sino porque estaba demasiado cerca de ellos y demasiado cerca para su orgullo: porque

no era preciso para tocarla con el dedo ni brillantes sofismas, ni seductoras conjeturas. Pues bien: yo buscaré debajo de mi mano, donde quiera que deba estar, ese medio en el que nadie ha pensado, porque era demasiado sencillo: yo observaré el modo con que obran los medicamentos en el cuerpo humano, cuando se encuentra en toda su tranquilidad y salud. Las mudanzas que determinan entonces no tienen lugar en vano, y deben seguramente significar alguna cosa: porque sin esto ¿para qué se verificarían esas mudanzas? Esta es tal vez la sola lengua en la que el arte de curar puede enseñarse al observador, y yo seré á la vez el experimentador y el objeto del experimento, el médico y el enfermo, el verdugo y la víctima si es preciso. Y comenzaré desde hoy por la quina.

Cinco minutos despues Hahnemann tragaba una fuerte dosis de este agente febrifugo; y algunas horas mas tarde daba saltos de alegría al sentirse acometido de calentura: y los dias siguientes redobló la dosis, y la fiebre se hacia intermitente: despues nuevas dosis combinadas la cortaban, y la volvian á traer á horas fijas. Y el doctor esclamaba como Arquimedes:

—¡Eureka! ¡Lo encontré, lo encontré!

Habia encontrado en efecto el principio de la homeopatía, la nueva medicacion, antípoda de la antigua, el tratamiento de las enfermedades por sus semejantes: *similia similibus curantur*.

Hahnemann tenia todavía amigos: recurrió á su amistad; á su abnegacion: les hizo tomar quina, y experimentaron los mismos efectos que él.

Este doctor, que habia renunciado á la medicina, hubiera voluntariamente conjurado á todos cuantos pasaban á que tomasen quina.

Y con qué calor pregunta á los que la han tomado.

—¿Teneis calentura?

—Sí.

—Tanto mejor: ¡palabado sea Dios!

Despues de la quina ensayó las demás sustancias.

Tomó azufre, y adquirió la sarna: tomó mercurio y obtuvo el mismo exito: tomó la digital, y estas son sus propias observaciones:

«Accion persistente de siete dias: frio en las estremidades, despues en todos los miembros: decaimiento de las fuerzas vitales: palpitaciones al corazon: tristeza y lágrimas: miedo de la muerte: mania taciturna: pulso la mitad mas lento: constriccion dolorosa sofocante al pecho: dolores agudos en las articulaciones; náuseas: vómito; opal-  
mia, etc.»

Un dia por último arriesga mas que su vida, arriesga su inteligencia, y dice á sus hijos:

—Si divago, sino hablo en razon, si en una palabra, me vuelvo loco, no tengais cuidado, y hacedme tomar este reactivo.

Y absorbió la belladona: pareció en efecto apagarse su razon, extinguirse; y sus hijos le despertaron, como habia previsto.

Así, pues, no hay duda: la experiencia es completa, decisiva, y da en todas partes el mismo resultado.

Si la quina cura la fiebre: el azúfre la sarna: la digital las enfermedades del corazon: la belladona, la locura: es porque son idénticas á la naturaleza misma de estas afecciones, pues que desarrollando los síntomas en el hombre



en salud la naturaleza obra curativamente por vía de similitud.

Hahnemann ha descubierto la certidumbre de la práctica que buscaba: la verdadera relación del mal con el remedio, y del remedio con el mal, relación que traduce por su famoso axioma: *similia similibus curantur*.

La hostilidad misma de sus compañeros vino á confirmar su conquista; testigo esta escena de comedia que no fué la única.

El doctor X... se chanceaba con Hahnemann sobre su sistema de las semejanzas, y sobre la eficacia de sus dosis infinitamente pequeñas.

—Confesad, le decía, que vuestros átomos de quina no dan ni quitan la calentura, y que únicamente quereis impresionar la imaginación, hacer una cosa nueva, y curar la ignorancia por la fe.

—Ensayadlo, le respondió Hahnemann, presentándole algunos globulitos imperceptibles.

—De muy buena gana, exclamó el doctor; y se tragó muchas dosis con una carcajada.

Repitióse la escena los días siguientes; y el doctor se veía cada vez mas fuerte, porque no experimentaba la menor sensación de calentura.

Pero una mañana corrió todo asustado, á casa de Hahnemann, y mostrándole sus manos devoradas de la picazón.

—¿Qué quiere decir esto? preguntó.

—Que os he dado azúfre en lugar de quina, y que en lugar de tener la calentura de que os ocupábais, teneis la sarna en que no pensábais, replicó tranquilamente el inventor de la homeopatía. ¿Alegareis todavía que son efectos de la imaginación, y creereis al fin, en las semejanzas y en las pequeñas dosis?

El doctor se vió confundido; se confesó vencido, y reclamó su curación, que obtuvo con nuevos globulitos de azúfre.

Hahnemann aplicó su descubrimiento á sus hijos, y los volvió á la vida: lo aplicó á sus amigos, á sus vecinos, á los pobres, y los curó con la misma facilidad.

Volvió á tomar desde entonces el ejercicio de la medicina con su método práctico de las semejanzas; pero ¡con cuántos combates! ¡Con cuántas persecuciones! Esto es lo que no podría imaginarse.

Concíbese que debiese, para no esponerse á que no produjeran sus medicinas el efecto apetecido, preparar él mismo sus medicamentos enteramente nuevos. La ley se lo prohibía formalmente, y esta ley fué el arma de la tradición amenazada en sus privilegios y en sus monopolios.

Hahnemann se atrevió á violar la una, y á desafiar la otra por la salvación de su doctrina y el interés de la humanidad.

En vano comienza su carrera en Georgenthal, por curar al literato Klockenbrinas, que un epigrama de Kozbué ha vuelto loco: en vano obtiene triunfos mas brillantes en Brunswick, en Keinsleuggther, en Hamburgo, en Torgaw, etc., etc.: por todas partes es tratado como un loco: por todas partes los médicos desencadenan á los farmacéuticos contra él, y le espulsan como un faccioso charlatan. Entonces se vió en cada ciudad de Alemania el espectáculo mas vergonzoso y mas deplorable.

Llegaba Hahnemann como un pobre mercader, no mas que con su familia, sus libros y sus medicamentos, todo

mezclado en un furgon de viage: se instalaba en algun rincón oscuro; curaba allí los enfermos que se dirigían á él: despues, en cuanto se esparcía la noticia de sus curaciones recibía la visita del subdelegado de la medicina: éste le intimaba que se dirigiese á los boticarios, y que cesase de distribuir sus remedios. Hahnemann se negaba necesariamente á confiarse á sus enemigos, y algunos días despues, puesto fuera de la ley comun tenia que volver á subir en su furgon y proseguir su errante correría.

Durante estas gloriosas emigraciones completó sus trabajos y redactó los libros que son hoy su gloria. Encerrado en su miserable reducto entre su muger que no cesaba de inquietarle, y sus once hijos, dormidos tras una cortina, consagraba sus noches á las traducciones, que le hacían vivir, y continuaba experimentando sobre él mismo las mas peligrosas sustancias.

Preguntase uno como sus fuerzas morales y físicas pudieron resistir á semejantes pruebas.

Y cada año á despecho de la persecución añadía nuevos descubrimientos á los antiguos: publicaba su *Organon de la medicina racional*, y su *Tratado de la Materia Médica pura*.

¡Cosa estraña! ¡Mientras que el autor era escupido en todas partes, sus libros se propagaban, y la doctrina abría un camino que el odio cerraba á su autor!

—«Y por tanto se mueve» podía decir Hahnemann, dando una patada sobre la tierra, como Galileo.

Pero él no tenia como Galileo un palacio por prision, ni cortesanos á la hora de levantarse, ni lacayos á su servicio, ni reyes por defensores, ni jueces deslumbrados por la gloria de su talento.

Apóstol incorruptible, y verdadero mártir de la ciencia, sufría la mas cobarde y mas encarnizada persecución al mismo tiempo, la persecución legal, anónima, democrática, que se viste del pretesto del interés general, se cubre con la máscara de la probidad, se abriga bajo la égida de la opinión, y nunca tiene su fuego á la luz del día sino que permanece inaccesible á la sombra.

Hahnemann trabajó, combatió, y sufrió de esta suerte hasta el año 1811.

Entonces volvió á presentarse en Leipsick, con la seguridad de un reformador armado de pies á cabeza, y que traía la buena nueva de la verdad.

Todavía no habia llegado el día de su triunfo. Fué atacado con tanta mas violencia, cuanto mas fuerza mostraba, y debió refugiarse inmediatamente en 1820, en Anhalt-Koethen, donde el duque Fernando le abrió un asilo.

Allí, en fin, encontró libertad para el trabajo, y pudo volver la salud á los enfermos, sin verse amenazado de muerte. Pero sus trabajos mismos asustando á sus rivales abreviaron aquella tregua de Dios. No pudiendo hacer que le acometiesen los farmacéuticos, los médicos amotinaron el pueblo contra él.

Primero fueron burlas, sátiras arrojadas al paso á sus oídos: ó á los de su familia: despues las burlas alzaron el tono, y lanzaron palabras insultantes é injurias: en fin, estalló el insulto por todas partes por donde pasaba el doctor, su muger, y sus hijos.

En una palabra, Hahnemann volvió un día á su casa perseguido de los silbidos del populacho: y como parecia un insensato que no hacia caso de estos silbidos, los que



los escitaban unieron bien pronto la accion á la palabra. Sitiaron la casa, rompieron á pedradas las vidrieras, y se lisonjearon de arrojar así al visionario, al charlatan, al embaucador, etc., etc. La autoridad intervino á tiempo, y disipó el motin. Pero Hahnemann, disgustado de semejante lucha, juró no volver á salir de su casa: allí se encerró en la meditacion y en el trabajo; y durante quince años con-

por sus libros, ó por sus lecciones abjuraban sus antiguos métodos para adoptar y propagar el suyo.

Hahnemann venció así con la sola fuerza de su voluntad y de su idea todos los obstáculos, subiendo de las maldiciones á los honores, de la miseria á la comodidad, del abandono á la popularidad.

Esta revolucion se verificó en Koethen mismo en 1835



Hahnemann descubriendo la homeopatía.

ecutivos apenas se le vió alguna vez en las calles de Koethen.

Sin embargo, desde el fondo de su voluntaria prision, mensageros elocuentes fueron á defender su causa por todos los puntos de Europa: estos eran sus obras, cuyas ediciones se multiplicaban de año en año, y la noticia de maravillosas curas que obraba en el silencio de su retiro en multitud de enfermos ilustres, que llegaban moribundos á él de Francia, de Italia y de Alemania, volviendo á sus casas llenos de salud, proclamaba el genio de su salvador: eran tambien los prácticos de buena fé, que iluminados

del modo mas glorioso para el viejo doctor (tenia entonces setenta y ocho años, y tarde le llegaba su recompensa).

Corrió la noticia por la ciudad de que iba á abandonar la Alemania por irse á Francia. Inmediatamente aquel hombre, á quien habian querido apedrear quince años antes, fué declarado el *buen genio*, la providencia de Koethen: creyeronse perdidos si los abandonaba. Los que en otro tiempo le insultaban, y querian arrojarle vergonzosamente formaron un complot para detenerle á la fuerza en medio de ellos.

Hahnemann, que marchaba realmente, se vió reducido



á engañar á sus perseguidores convertidos en sus seides. Escapó á esta violencia de nuevo género poniéndose en camino de noche con el mayor secreto, y ocultando con cuidado la direccion de su viaje.

Ya se hallaba lejos cuando supieron su fuga, y no se consolaron de la ausencia del doctor, sino abrazando con pasión su doctrina.

Afortunadamente dejaba en Koethen y en toda la Alemania discípulos bastantes capaces de hacer prosperar allí la homeopatía.

El fué á instalarse á Francia, con una francesa con quien se habia ya casado en segundas nupcias.

Enriqueta Kuchler habia muerto en 1827, despues de haber asistido á la rehabilitacion y á la glorificacion de su marido.

Ocho años despues, la señorita Melania de Hervilly, digna hija de aquellos castellanos de otro tiempo que cuidaban á sus pobres vasallos como á sí mismos, oyó hablar de los descubrimientos de Samuel Hahnemann, y atravesó toda la Europa para ir á consultarle á Koethen. La noble cliente del doctor le comprendió tanto y tan bien que fué una de sus discípulas mas distinguidas, primero; despues otra el mismo, casándose con el ilustre anciano.

Ella fué la que le llevó á Paris en 25 de junio de 1835.

Allí practicó la homeopatía con tal éxito que puso el colmo á su fama, y murió lleno de días y de honores en el año 1843, pudiendo decir en su última hora, despues de medio siglo de trabajo y de padecimientos: *Exegi monumentum ære perennius.*

No entra en nuestro propósito ni en nuestro modesto cuadro el exámen de las doctrinas medicales de Hahnemann, cuya vida sola debia ocuparnos como una de las mas interesantes, como que su nombre se halla colocado entre los de los mas grandes inventores.

Debemos señalar un hecho capital incontestable. La homeopatía en el punto de vista práctico, no solo ha sobrevivido á su fundador, sino que lejos de haberse debilitado con su muerte ha aumentado con su memoria, y y combate hoy á la terapéutica oficial: hecho inmenso y decisivo, cuando se piensa que el nuevo sistema progresa por sus solas fuerzas, al lado de un rival dueño de las academias, de las cátedras, de los hospitales, y de todas las posiciones legales. Diríase que es el antiguo soldado

Galo avanzando enteramente desnudo contra los romanos cubiertos de hierro, y llegando al Capitolio sin mas armas que su valor y su intrepidez.

El cólera y la guerra de Oriente han sido para la homeopatía la ocasion de algunos de sus triunfos y de su establecimiento definitivo. Sin embargo la homeopatía no ha podido obtener todavía en ninguna parte que se la permita establecer una cátedra especial en las universidades.

La homeopatía combate y escluye á la medicina que viene desde siglos, desde Hipócrates, consolando los padecimientos de la humanidad. La medicina propiamente dicha, esencialmente compuesta de teoría, de aplicacion, de espíritu y de materia, como todas las cosas del mundo, es á la vez de ayer, de hoy y de mañana. El gran mal, el grande error de Hahnemann, á pesar de su genio y de su admirable abnegacion ha sido el soñar en el papel absoluto de un Lutero médico, y ver y colocar todo el arte de curar en la reforma práctica de que es autor, negando la obra inmensa de sus antepasados, sin la cual hubiera sido imposible la suya. Esto era arrancar al árbol de la ciencia sus dos ramas fundamentales, la Fisiología y la Patología, y reducirlas á un solo ramo de la Terapéutica ó de la Medicina. Ese mal, ese error ademas, es el de todos los materialistas de todos los tiempos, de todas las escuelas y de todos los paises. La empresa de Hahnemann perecerá pues, como la de Broussais, otro génio sofocado por el materialismo: y si hoy vive es porque los pigmaleones espiritualistas han dado vida á la estatua homeopática, agarrándose al todo, al conjunto de la ciencia. Los seides que no admiten nada fuera de la homeopatía son sectarios ciegos é impotentes, lo mismo que los adversarios alópatas que niegan algo de verdad, y sobre todo, mucho de genio, en la homeopatía. Un poco de tiempo mas, y sin obstinarse en rechazar la verdad de la víspera, y sin cerrar la puerta á la verdad del día siguiente, el tiempo habrá dado la razon á quien la tenga; porque como dice un antiguo cantar nuestro:

Para averiguar verdades  
El tiempo el mejor testigo,  
Y para justicias Dios....

## ESTUDIOS MORALES.

### BASILINA Y BASILETA

#### O LOS HUESOS DE LAS CEREZAS.

Basilina y Basileta eran dos muchachas hijas de una pobre labradora de las inmediaciones de Jadraque. Rubias las dos como dos espigas de agosto, blancas como la leche de vacas, tenían diez y ocho años, porque habian nacido el mismo día, habian llevado la misma vida, pero tenían diferentes inclinaciones. Basilina era amiga de lujo y vani-

SEGUNDA SERIE.—1856.

dosa, se componia mucho y procuraba estar hermosa.

Basileta al contrario, era natural, sencilla, descuidada, y hasta olvidaba esa compostura y adorno que realza las gracias de toda muger.

Les gustaban mucho á las dos los cuentos de encantamientos, y las relaciones de brujas, y todas las noches cuando en la tertulia de la tia María, madre de nuestras dos mugeres, hablaban de estos sucesos los mozos y las mozas del pueblo, las muchachas tomaban parte en las relaciones, las creian á pie juntillo, mientras la madre sentada junto al inmenso fogon de la cocina, y armadas sus débiles manos con unas enormes agujas

AÑO XIV. 21.